

Andrés González Martín

El desencanto del pensamiento en Occidente, un riesgo creciente de fragmentación

El desencanto del pensamiento en Occidente, un riesgo creciente de fragmentación

Resumen

El individuo como creador de su identidad es una tendencia central en Occidente durante esta primera mitad de siglo XXI. El escepticismo, el individualismo y la diversidad están inscritos en nuestra cultura que sin complejos se manifiesta narcisista, hedonista y reivindicativa. La sociedad occidental durante las próximas décadas vivirá de recursos éticos difusos que será incapaz de reforzar. La transcendental ecología de valores en la que arraiga la comunidad, la solidaridad, la confianza, la justicia y la democracia participativa están indefensas frente a las propuestas utópicas de la cultura predominante, que sin pretenderlo está socavando sus propios e indispensables prerequisites morales. Cuando en un barco, en medio de una tormenta, todos gritan primero yo la navegación se complica.

Abstract

The individual as the creator of his identity is a central tendency in the West during this first half of the 21st century. Skepticism, individualism and diversity are inscribed in our culture that, without complexes, manifests itself as narcissistic, hedonistic and vindictive. The Western society during the next decades will live on diffuse ethical resources that will be unable to reinforce. The transcendental ecology of values in which the community is rooted, solidarity, trust, justice and participatory democracy are defenseless against the utopian proposals of the predominant culture, which without pretending it is undermining their own and indispensable moral prerequisites. When on a ship, in the middle of a storm, everyone shouts first, navigation becomes complicated.

Palabras clave

Posmodernidad, individualismo, desafección, futuro, fragmentación, crisis, sociedad líquida, Occidente, relativismo, desencanto, parálisis, pos moralismo, hombre unidimensional.

Keywords

Postmodernity, individualism, disaffection, future, fragmentation, crisis, liquid society, the West, relativism, disenchantment, paralysis, post moralism, one-dimensional man.

Aproximación general

La vanguardia del pensamiento europeo nos advierte que en las décadas venideras nos enfrentaremos a profundas contradicciones y paradojas desconcertantes, y experimentaremos esperanzas envueltas en desesperación¹. Se ha llegado a la clara convicción de que la situación que vivimos y viviremos en el medio plazo estará marcada por graves incertidumbres en el campo cultural, antropológico, ético y espiritual. Esta tendencia, generalmente aceptada², supondrá una creciente confusión y desorientación que se traducirá en una fragmentación social y política creciente en Occidente, especialmente en Europa, que afectará al resto del mundo.

Algunos sectores sociales se verán afectados por un sentimiento profundo de desafección cultural, política y social. Sin embargo, por el contrario, otros podrán sentir la llamada de nuevas o viejas propuestas nacionalistas o populistas con capacidad de contener el desasosiego de un bloque social aturdido por un exceso de diagnóstico, no siempre acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables. Los efectos sociales serán contradictorios y perturbadores, provocando una polarización de las sociedades y una fuerte fragmentación.

El peligro de fragmentación social no solo es una previsión procedente del mundo de las ideas, también de forma creciente el mundo político es consciente de esta realidad. Recientemente, el presidente alemán, Joachim Gauck, después de cinco años en el cargo, se dirigió a los alemanes el 18 de enero de 2017 subrayando los peligros de ruptura interna. Se atrevía reconocer no solo que existen un elevado número de estilos de vida y un gran número de entornos sociales en nuestras sociedades sino también que cada uno de ellos tienen sus propias formas de comunicación, que impide el contacto entre ellos y el desarrollo de la pluralidad. Este vivir de espaldas, al margen de los otros, sin punto de superposición entre grupos, para el presidente Gauck, toma la forma de oposición al otro. La situación le obligaba a resaltar la importancia de combatir la fragmentación³.

¹ Ulrich Beck en su manifiesto cosmopolita, introducción a su libro *la sociedad del riesgo global*, señala que tanto el pensamiento posmoderno, como su contrapunto desde la modernidad tardía, modernidad líquida, modernidad reflexiva o la constelación posnacionales y otras aproximaciones de los más destacados pensadores del momento, están de acuerdo en este punto.

² Bauman, Lyotard, Harvey, Haraway, Giddens, Albrow, Lash, Melucci, Maffesoli, Touraine, Habermas, Held, Vadana Shiva, Gernot Böhme, Maarten Hajer, Drzyzek, Dobson, Wynne, Barbara Adam, Hayward.

³ <http://www.bundespraesident.de/SharedDocs/Reden/EN/JoachimGauck/Reden/2017/170118-What-should-our-country-be-like.html>.

Hoy las posibilidades de interacción entre los distintos grupos culturales han aumentado notablemente. Esas posibilidades de dialogo requieren, para ser eficaz, tener como punto de partida una toma de conciencia de la identidad específica de los diversos interlocutores y un interés compartido por buscar puntos de encuentro que permitan el intercambio y la fecundidad.

Sin embargo, estos presupuestos iniciales no han terminado de cristalizar en un mecanismo de intercambio, sostenido por unos principios comunes. Paradójicamente a pesar del mayor potencial de contacto, la diferencia fluye según la densidad de cada una de las aproximaciones sin posibilidad de mestizaje. Las diferencias no se trasforman en pluralismo sino en aislamiento y distanciamiento de los grupos entre sí. El resultado, especialmente en Europa, es un eclecticismo cultural asumido con frecuencia de manera acrítica. Los distintos grupos culturales se superponen sin interrelacionarse y cada uno de ellos es aceptado como equivalente a los demás y en muchos casos como intercambiables. Este resultado es fruto de un relativismo que no contribuye a establecer puentes entre los diferentes protagonistas de la vida social, provocando que los grupos culturales estén juntos o coexistan, pero separados, sin diálogo auténtico y, por lo tanto, sin posibilidad de verdadera convivencia pluralista.

Esta denuncia de los intelectuales y políticos no es nueva. Desde el campo de la religión, el papa Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* señala en junio de 2003 el riesgo. «Se está dando una difusa fragmentación de la existencia; prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones. Entre otros síntomas de este estado de cosas, la situación europea actual experimenta el grave fenómeno de las crisis familiares y el deterioro del concepto mismo de familia, la persistencia y los rebrotes de conflictos étnicos, el resurgir de algunas actitudes racistas, las mismas tensiones interreligiosas, el egocentrismo que encierra en sí mismos a las personas y los grupos, el crecimiento de una indiferencia ética general y una búsqueda obsesiva de los propios intereses y privilegios. Para muchos, la globalización que se está produciendo, en vez de llevar a una mayor unidad del género humano, amenaza con seguir una lógica que margina a los más débiles y aumenta el número de los pobres de la tierra».

En su primera exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, publicada el 26 de noviembre de 2013, el papa Francisco se hace eco de esta realidad fragmentada y de sus riesgos.

«Cuando la sociedad —local, nacional o mundial— abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad».

El potencial de disolución está relacionado con los presupuestos de la cultura dominante de nuestro tiempo, que han generado indiferencia, desencanto, crisis ideológicas, crisis del estado, crisis del humanismo y de la democracia liberal, individualismo, deterioro de las raíces culturales, diferencias sociales crecientes, pensamiento acrítico arraigado en lo políticamente correcto, materialismo consumista y debilidad ética, por citar algunos de sus efectos. Existe un componente relativista donde lo real cede el lugar a la apariencia, ocupado en lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio.

La OTAN nos proporciona una aproximación complementaria como organización político militar. La alianza publicó en 2013 su primer análisis de previsiones estratégicas (Strategic Foresight Analysis, SFA), que ha sido revisado en 2015 y ahora en 2017. El documento analiza cinco tendencias, resaltado el peligro de desafección, polarización, descontento y fractura tanto política como social⁴.

En el capítulo segundo del SFA, dedicado a las previsiones políticas, uno de sus cinco puntos se titula «Desencanto, desafección y polarización pública», destacando que la creciente polarización supondrá una creciente confrontación entre los diferentes grupos políticos y sociales en las propias sociedades occidentales y también en las del mundo en desarrollo. Por otra parte, el siguiente capítulo, el tercero, dedicado al factor humano, dedica uno de sus cuatro puntos exclusivamente a la fractura y polarización social.

La OTAN considera que la polarización de las sociedades se ha convertido en un fenómeno global pero que las sociedades occidentales son especialmente vulnerables a la fragmentación social que viene asociada, debido al creciente poder de los individuos. El resultado entiende la OTAN será la insuficiente cohesión social y el desacuerdo interno dentro de las propias sociedades que podría provocar desórdenes internos. En cualquier caso, la fractura social socavaría la confianza y la legitimidad. Otra previsión asociada es la creciente sospecha mutua entre las élites y el conjunto de la sociedad en las democracias occidentales.

El resultado de las previsiones de la OTAN no debería llamarnos mucho la atención. El individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el

⁴ <http://www.act.nato.int/strategic-foresight-analysis-2015-report>.

desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas. La debilidad de los vínculos, propio de las nuevas sociedades líquidas, se traduce en fragmentación del cuerpo social y político. El resultado es la insuficiente cohesión social para abordar desde los gobiernos cambios con efectos favorables a medio y largo plazo pero que sean controvertidos por los costes que a corto plazo suponen.

La propuesta cosmopolita

La punta de lanza del pensamiento occidental no cuestiona los diagnósticos que identifican los síntomas de fragmentación, desafección y desencanto. Es verdad que la globalización ha puesto en marcha un anhelo cosmopolita pero solo en los sectores más conscientes de los potenciales cambios que se derivan de una creciente conectividad, interrelación e interdependencia, sobre las que opera exponencialmente un ritmo de cambio tecnológico creciente. Estos sectores, influyentes entre las élites, son minoritarios y cada vez más desapegados de los intereses de los desfavorecidos por la creciente desigualdad social que emerge también en Europa y los países occidentales y por la posibilidad de proletarización precaria de sectores importantes de las clases medias.

El discurso cosmopolita se está elaborando y se transformará en propuestas políticas transversales, que afectarán a los debates culturales, sociales y políticos nacionales e internacionales. La transversalidad política de estas propuestas tendrá un poder de penetración diferencial en las distintas civilizaciones pero en Occidente todas las agendas políticas serán permeables a sus anhelos, imponiendo posicionamientos controvertidos. Temas como el mantenimiento de la paz, el calentamiento global y el cambio climático, los desastres naturales, los problemas de abastecimiento de agua y alimentos, la cuestiones de género, el multiculturalismo y la inclusión, las desigualdades crecientes y la pobreza, el subdesarrollo y la superpoblación, los flujos migratorios y el creciente número de refugiados, los peligros de las pandemias y epidemias, los nuevos debates sobre la naturaleza humana consecuencia del desarrollo tecnológico y el transhumanismo, la libertad en la red y el control de los individuos, la defensa de los derechos de los animales y otros asuntos considerados como riesgos o cuestiones globales tendrán una presencia creciente y polémica en los discursos políticos y debates éticos.

La polarización creciente entre los planteamientos cosmopolitas maximalistas frente a las exigencias de las realidades locales está provocando más confusión y desafección entre las élites y el resto de la sociedad. Sectores cada vez más amplios de las sociedades occidentales identifican a las élites intelectuales, políticas, económicas, institucionales, sindicales e incluso a las de la propia sociedad civil como corruptas tanto por sus prácticas como por sus propuestas ajenas a sus principales preocupaciones cotidianas.

El anhelo cosmopolita es un producto del adanismo del pensamiento occidental y está afectado por los presupuestos ideológicos que nacen en esta parte del mundo. La indiscutible inclinación de los intelectuales occidentales a desvincularse de la tradición, como legado recibido de las generaciones que nos precedieron, se manifiesta en una tendencia obsesiva que invita continuamente a comenzar de nuevo, sin tener en cuenta las lecciones aprendidas. Esta actitud, que presupone la convicción de que el mundo acaba de fundarse sobre presupuestos incompatibles con los que proceden del pasado, desprecia toda influencia de los fundamentos vigentes hasta ahora. Lo que se traduce en una necesidad de volver a empezar a veces desde cero.

Este adanismo cosmopolita con perfiles mesiánicos afirma que no puede haber una vida política sana si se reconoce la herencia que hemos recibido de nuestros antepasados. Los muertos y los que todavía no han nacido no votan, no hablan, no piensan, no tienen espacio en el nuevo contexto, no tienen nada que decir hoy. El planteamiento que destruye la continuidad del presente con el pasado y el futuro, otorgándose plena soberanía para fundar lo humano ex novo, no es aceptado universalmente, por lo que en vez de generar una solución a la fragmentación social la impulsa a todos los niveles, locales, regionales y globales.

Muchas de las nuevas ideas asociadas, con más o menos acierto, con las propuestas cosmopolitas son éticamente controvertidas en nuestro propio entorno cultural y radicalmente rechazadas por otras civilizaciones, entre las que podríamos destacar las siguientes:

- La creciente autonomía del individuo, que se traduce en un distanciamiento del individuo de las entidades naturales, de las instituciones tradicionales, del estado nación y de un orden ético compartido.
- El desarrollo de una conciencia auto referencial que sospecha y recela del compromiso personal, rechazando cualquier decisión irrefutable o irreversible.

- El relativismo, que supone la aceptación de que cualquier teoría de la verdad, del conocimiento o del comportamiento son exclusivamente un constructo cultural, pudiendo derivar en el convencimiento de que toda creencia y comportamiento son equiparables por no existir una base sobre la que medir su valor.
- El proceso de secularización en la cultura dominante que tiende a reducir la práctica religiosa al ámbito de lo privado y de lo íntimo.
- La fascinación por lo efímero y la moda, que descubre en el consumo un soporte con suficiente capacidad para definir la propia identidad del individuo sin imponer otra carga que el precio de un producto.
- La preminencia de lo económico y de los mercados, especialmente los financieros, que aspiran desbordar cualquier regulación política y orden cultural o social, imponiendo un orden de precios sobre un orden de valor.
- La ideología de género, que desliga al individuo en sus decisiones de las restricciones de la naturaleza sexual del hombre y su función reproductiva.
- El transhumanismo incipiente que aspira a gobernar la propia evolución de la naturaleza humana mejorándola, al definir con sus elecciones la nueva condición humana, apoyándose en el desarrollo de la inteligencia artificial, la nanotecnología, la biotecnología, la ciencia cognitiva y otros desarrollos técnicos y científicos.
- La modernidad líquida, como propuesta dominante en Europa y otras áreas de Occidente, que impone una valoración crítica de los vínculos sociales estables y compartidos, apelando al compromiso de la propia conciencia personal como vínculo exclusivo de cualquier acción comunitaria sujeta siempre a una revisión continua y a una permanente reconfiguración de los compromisos.
- La confianza en la ventaja de los más rápidos sobre los más lentos en relación al cambio, aunque sea a costa de sacrificar la estabilidad, la continuidad, la coherencia, la localización, los valores culturales, el tamaño y a los menos preparados para adaptarse.
- El triunfo de una conciencia auto referencial permanentemente crítica y en proceso continuo de construcción que puede debilitar la defensa de los mismos principios que propone, los derechos humanos y la libertad individual.
- La autosatisfacción como objetivo principal del individuo, que da por sentado que todas las demás necesidades humanas están satisfechas en grado satisfactorio.

- La confianza en la funcionalidad de los sistemas abstractos de conocimiento y en los expertos con conexiones globales impenetrables, que se traduce en muchas ocasiones en una actitud pasiva del individuo respecto al sistema, fruto de una fe ciega pero evanescente frente a las crisis del modelo.
- El carácter pos moralista que anuncia el ocaso del deber y el triunfo de una ética indolora que rechaza y desacredita las virtudes de la abnegación y la obediencia, estimulando la satisfacción de deseos inmediatos, la pasión del ego y la felicidad materialista.

Los alegatos cosmopolitas surgen de un relativismo moral que no renuncia a una ética difusa, fundamentada en el compromiso con derechos absolutos de los individuos que suponen una indiscutida capacidad de autogestión y contención. Sin embargo, las propuestas de la cultura dominante son refractarias a los presupuestos fundamentales de los modelos pre modernos y los modelos de razón que nacen de la primera modernidad, que perviven en gran parte del mundo, también en el propio Occidente.

Los modelos sociales sólidos con fuertes vínculos y compromisos religiosos o políticos consideran heréticas o inconsistentes las formulaciones de la punta de lanza del pensamiento que convierte al individuo en el protagonista del cambio, enfrentado al potencial adaptativo de cualquier orden comunitario de fe, de razón o político. El rechazo de las sociedades tradicionales se complementa con el revisionismo de las sociedades en transición, que conjuntamente se oponen a las nuevas ideas cosmopolita e individualistas que llegan de Occidente, porque ambos modelos, el tradicional y el enraizado en el estado nación, quieren defenderse de una colonización cultural que en gran medida desprecian.

La denunciada pretenciosidad occidental es anatema no solo para el orden religioso sino también para todos los que se consideran agraviados por un modelo de integración global que no considera sus valores ni sus intereses, relegándolos a la marginalidad. Esta resistencia a la penetración ideológica del pensamiento occidental dominante será creciente debido al progresivo aprendizaje de muchos actores, que han descubierto los peligros de la porosidad cultural y las ventajas de utilizar las contradicciones y debilidades del pensamiento occidental. El resultado que se impondrá es la convicción de que se puede rechazar las ideas dominantes del centro del mundo sin necesidad de renunciar a su tecnología, siempre que exista una armadura de convicciones que no se oxide con el contacto. Los nuevos muros ideológicos de los antagonistas a la cultura

dominante serán religiosos, culturales, humanistas, nacionalistas, populistas, identitarios, o una combinación de todos ellos.

El desencanto del pensamiento

El modelo de pensamiento dominante en Occidente tiene tres características perturbadoras con un alto riesgo desestabilizador por el desencanto que terminan generando:

1. Su capacidad de construir destruyendo. El hombre moderno es un hombre siempre insatisfecho que no puede parar.
2. Su pérdida de confianza en el futuro. El colapso y decadencia de la ilusión moderna se traduce en la convicción de que el camino que transitamos no tiene un final, un sentido (telos) de cambio histórico alcanzable.
3. El individualismo. Aquello que se consideraba un trabajo de la razón humana, en tanto que atributo de la especie humana, ha sido fragmentado, cedido al coraje y la energía individual. El progreso es la autoafirmación del individuo.

La cultura dominante en Europa con sus diferentes corrientes coincide en volver la espalda a cualquier orden de creencias, sean fruto de la fe, de la tradición o de la razón. Al primer desencanto por lo sagrado se ha unido un desencanto por las posibilidades de la razón, al entender que todo orden de verdad, como de conocimiento, como moral es exclusivamente un constructo social que se impone a la libertad individual, estableciendo mecanismos de alienación cada vez más sutiles. En el resto de Occidente estas corrientes, teniendo su peso, no han conseguido imponerse con tanta fuerza pero competirán por hacerlo.

Las sospechas y las críticas contra el racionalismo instrumental y el imperativo categórico que impone un orden de deberes cívicos han cristalizado en un desencanto del pensamiento en Europa, relacionado con los traumas de las dos guerras mundiales, el derrumbe de las ideas totalizadoras, la caída del muro de Berlín, el fin del unilateralismo estadounidense y el fracaso del capitalismo en la distribución de la riqueza.

La confianza en el progreso se ha disuelto y su capacidad de movilización se ha debilitado.

La posmodernidad expresaría no sólo un desmoronamiento de la idea de futuro, sino aún de la historia misma. El desencanto con el futuro es fundamentalmente una pérdida de fe en determinada concepción del progreso: el futuro como redención.

El envejecimiento de la población en Europa, el descenso de la natalidad, la disminución del porcentaje de matrimonios respecto al de uniones de hecho, el incremento del número de suicidios, el peligroso y explosivo aumento de los trastornos mentales, el peso y el coste del estado, el tamaño de la deuda pública, la reducción del peso de las humanidades en los currículos de los distintos niveles educativos, los efectos de las nuevas tecnologías, la crisis de liderazgo, el conformismo ciudadano, la falta de ambición constructiva, la enfermedad de la memoria y el creciente número de incendiarios oportunistas unidos a otros factores sostendrán a medio plazo esta despreocupación por el futuro.

El desencanto se traduce en una visión pesimista de lo que está por venir que se instala a los ciudadanos en un tiempo oscuro de consumo y gasto desordenado. En Europa y en Occidente cada vez más personas piensan que todo futuro será peor. Desde el final de la Edad Media, ninguna generación en Europa había estado convencida de que el pasado fuese mejor que el futuro.

Un informe titulado: *The economic cost of brain disorders in Europe 2010*⁵ publicado por European Journal of Neurology, que constituye la más amplia investigación sobre este tema hasta la fecha, señala que uno de cada tres europeos sufrió durante 2010 algún tipo de dolencia mental y que el coste de esta situación se estima en la extraordinaria cantidad de 798.000 millones de euros, de los cuales el 37% son gastos directos sanitarios, el 23% costes no sanitarios y el 40% costes indirectos como pérdida de productividad laboral, discapacidad crónica y otros. En la siguiente figura se presentan la distribución de los costes⁶.

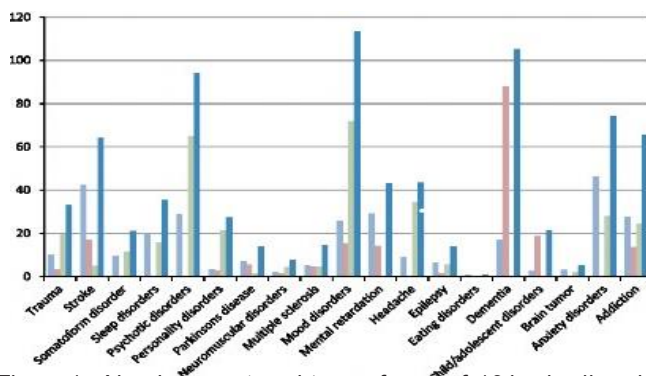


Figure 1: Absolute cost and type of cost of 19 brain disorders in Europe (billion €PPP 2010) (note: type of costs could not be estimated for all)

⁵http://www.ebcg.org/images/upload/docs/cost_of_disorders_of_the_brain_in_europe__economic_costs__eurneuro2012.pdf.

⁶http://www.ebcg.org/images/upload/docs/cost_of_disorders_of_the_brain_in_europe__economic_costs__eurneuro2012.pdf.

Los trastornos del estado de ánimo lideran la lista respecto al coste económico con 113.405 millones de euros en 2010, en tercera posición con 94.000 millones de euros de gasto se encuentran los trastornos psicóticos y en cuarta los de ansiedad que suponen casi 75.000 millones. El informe del estudio ha levantado una voz de alarma por el creciente aumento de los problemas mentales que supera las estimaciones de los expertos. Además en el futuro se espera una mayor incidencia de estas patologías.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) dependiente de Naciones Unidas en su informe sobre estimaciones globales de la depresión y otras enfermedades mentales de 2015 señala que un 4,4% de la población mundial sufre depresión, lo que supone 322 millones de personas, con un incremento del 18,4% en los diez últimos años. Además la ansiedad afecta al 3,6% de la población mundial, 264 millones de personas, con un incremento del 15% en los diez últimos años.

Respecto a los suicidios la OMS en ese mismo informe señala que al año mueren por esta causa 788.000, siendo en varios países de Europa, entre ellos España, la principal causa de muerte entre los adolescentes y la segunda causa de muerte en el resto después de los accidentes de tráfico. Aunque la tasa de mortalidad de los adolescentes en el mundo ha disminuido el número de suicidios, ha aumentado especialmente en algunas regiones. Según la propia OMS mueren más por el suicidio que por las guerras, conflictos y acciones violentas.

Los datos que nos proporciona la OMS respecto al número de suicidios y enfermedades mentales son un indicador del grado de desencanto especialmente preocupante entre los adolescentes.

El pasado que se proyectan en el presente genera desconfianza y provoca conflictos de memoria. Mientras que el futuro, que se proyecta en el presente, genera miedo por la incertidumbre creciente, provocada por los nuevos riesgos globales y la sentida incapacidad de afrontarlos con las estructuras, compromisos y medios disponibles. El miedo al futuro y la enfermedad de la memoria se traducen en un debate interminable que paralizan las decisiones y las acciones políticas que intenten ir más allá de la gestión del instante. En un presente sin perspectiva, cualquier crisis genera un trauma insuperable para muchos ciudadanos. Los datos en España publicados por el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad confirman la preocupante situación. El consumo de antidepresivos en España ha pasado de 26,5 dosis diarias por 1.000 habitantes y día (DHD) en el año 2000 a 79,5 DHD en el año 2013, lo que supone un

incremento del 200%⁷. En el mismo periodo el consumo de ansiolíticos representa un incremento del 57,4%⁸. En el periodo de 2008 a 2015 la utilización de medicamentos opioides para el tratamiento del dolor se ha incrementado un 83,59%⁹.

En Estados Unidos, durante el mes de agosto, el presidente Donald Trump afirmó que estaba decidido a declarar la crisis provocada por el consumo de opiáceos como una emergencia nacional, lo que habría provocado la rápida asignación de fondos federales para abordar el problema. Finalmente en octubre, sin llegar tan lejos, declaró el consumo de opiáceos como una emergencia de salud pública, que reduce el alcance de la inversión en el tratamiento de la crisis¹⁰. Durante el año 2016 murieron en Norteamérica 60.000 personas por esta causa. Las drogas son la principal causa de muerte entre los americanos menores de 50 años, provocando más muertes que el cáncer, los accidentes de coche o las armas. En los primeros nueve meses de 2016 el índice de fallecimientos por sobredosis fue de 19,9 por cada 100.000 personas, tres puntos más alto que en el mismo periodo de 2015. Desde 1996, la adicción a los opiáceos ha causado la muerte de más de medio millón de estadounidenses.

Según el Centro para la Prevención y Control de Enfermedades norteamericano más de 27 millones de estadounidenses abusan de los opiáceos. Casi el 50% de las muertes por sobredosis en 2015, advierte el centro, están relacionadas con analgésicos de la familia, de los opioides recetados para tratar dolores moderados y fuertes en algunos pacientes¹¹.

Sin pretender ser exhaustivo, los datos presentados son el reflejo de una preocupante situación que va más allá de un problema exclusivamente sanitario. El nivel de correlación con las crisis de valores, principios y proyectos en Occidente no es fácil de establecer pero no hace falta demostrar que evidentemente existe causalidad.

La parálisis del pensamiento

La parálisis del pensamiento ha impedido a los europeos abordar el proyecto de construir Europa como edificio espiritual y moral, a pesar de las claras indicaciones de los padres

⁷ <https://www.aemps.gob.es/medicamentosUsoHumano/observatorio/docs/antidepresivos-2000-2013.pdf>.

⁸ https://www.aemps.gob.es/medicamentosUsoHumano/observatorio/docs/ansioliticos_hipnoticos-2000-2012.pdf.

⁹ <https://www.aemps.gob.es/medicamentosUsoHumano/observatorio/docs/opioides-2008-2015.pdf>.

¹⁰ https://www.nytimes.com/2017/10/26/us/politics/trumpopioidcrisis.html?emc=edit_cn_20171027&nl=first-draft&lid=56754854&te=1&_r=0.

¹¹ <http://www.elmundo.es/internacional/2017/10/26/59f24431e2704e654c8b4887.html>.

de la Unión. La salida del Reino Unido de la UE y la emergencia de partidos críticos con la UE en muchos países europeos es una constatación de que a Europa todavía le falta un alma. Nadie se enamora de un gran mercado ni de un complejo entramado institucional cargado de burocracia. Europa vivirá y se salvará en la medida en que tenga conciencia de sí misma y de sus responsabilidades y esto no es posible sin los principios de solidaridad y fraternidad necesarios para darle sentido de trascendencia a una comunidad.

Las tensiones entre los pueblos de Europa y la cultura dominante no favorecen la necesaria movilización de las ideas por parte de los líderes intelectuales y políticos para revertir la tendencia y superar el reto del futuro de la Unión. El desencanto de Europa es consecuencia del desencanto de su pensamiento.

El relativismo está asociado a cierto grado de escepticismo que invita a la distancia de la indiferencia y reaviva el discurso de los antiguos sofistas. La máxima de Protágoras, «el hombre es la medida de todas las cosas», se transforma. El relativismo duda del ser del hombre y de su capacidad referencial, lo sigue colocando en el medio de todo pero renunciando a cualquier referencia y valoración irrevocable de lo humano. Cada hombre es auto referencial porque no se acepta el ser natural de las cosas, la posibilidad de conocerlo y la capacidad de comprenderlo. Las palabras, aunque vacías de sentido, construyen una realidad que puede ser desmontada por otras palabras. El resultado es un debate que paraliza y fragmenta a la sociedad, a la que se puede gestionar durante algún tiempo en un sentido determinado pero que inevitablemente conduce a su frustración. En este juego solo ganan los retóricos y se produce un distanciamiento entre el que habla y el que escucha, entre el conjunto de la sociedad y las élites, que terminan siendo identificadas como casta.

La parálisis del pensamiento, que duda de sus posibilidades de dar sentido práctico y ético a la acción, termina traducándose en un individualismo auto absorbente, que disuelve los vínculos y lazos personales y sociales imposibilitando un orden político capaz de construir una voluntad general en relación al bien común. Esta parálisis del pensamiento termina traducándose en un oscurecimiento general de la esperanza, alimentado por una sensación de despilfarro del potencial constructivo de nuestras sociedades y del patrimonio recibido y construido a lo largo del tiempo con el esfuerzo personal. El ascenso de los populismos, el nacionalismo y el integrismo religioso o su combinación se presenta como alternativa, por su capacidad distorsionadora de ofrecer

un soporte sólido a la persona, que reorienta la frustración en una dirección capaz de integrar y dar sentido a la desafección, frente a una sociedad líquida, incapaz de ofrecer un orden estable de referencias.

El individuo como creador de su identidad es una tendencia central en Occidente durante esta primera mitad de siglo XXI. El escepticismo, el individualismo y la diversidad están inscritos en nuestra cultura que sin complejos se manifiesta narcisista, hedonista y reivindicativa. La sociedad occidental durante las próximas décadas vivirá de recursos éticos difusos que será incapaz de reforzar. La transcendental ecología de valores en la que arraiga la comunidad, la solidaridad, la confianza, la justicia y la democracia participativa están indefensas frente a las propuestas utópicas de la cultura predominante, que sin pretenderlo está socavando sus propios e indispensables prerequisites morales. Cuando en un barco, en medio de una tormenta, todos gritan primero yo, la navegación se complica.

La antigua convicción de que la libertad como concepto está necesariamente vinculada al bien y la justicia no es aceptada hoy en Europa porque se duda que sea posible construir una teoría de la verdad y del conocimiento consistente con el desarrollo de una propuesta que permita el ejercicio pleno de los derechos individuales. La plenitud del hombre, integrada en un orden de equilibrios sociales, políticos y económicos se empieza a considerar no solo como una utopía sino como un sarcasmo propio de un mundo encantado. Revertir esta tendencia exige mucho más tiempo que unas pocas decenas de años.

«Toda certeza no puede ser sino una certeza fabricada, una certeza burda y descaradamente inventada, cargada de toda la vulnerabilidad innata de las decisiones humanas. Abandonen toda esperanza de unidad, tanto futura como pasada»¹².

Sin embargo, la imborrable nostalgia de la esperanza no cesará de buscar un nuevo camino. El hombre no puede vivir sin esperanza. Sin ella su vida estará condenada a la insignificancia y terminará por ser insoportable. La herencia de Europa y su potencial constructivo permanecerá a salvo en el corazón, la voluntad, la libertad, el entendimiento y la memoria de un pequeño resto que resistirá al desaliento, negándose a entrar en el infierno de la desesperanza.

¹² BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Méjico: Fondo de Cultura Económica 2015.

¡Perded toda esperanza los que entráis!»
«Estas palabras de color oscuro
vi escritas en el dintel de una puerta:
Y dije: Maestro, su sentido me es duro.
Y él a mí, como persona atenta:
Es necesario aquí dejar todo recelo;
toda cobardía es necesario que aquí muera.
Hemos venido al lugar donde te dije
habías de ver la gente dolorida,
que ha perdido el bien del intelecto»¹³.

La sociedad líquida y las sociedades sólidas

La complejidad de lo humano, lo político, lo social y las nuevas posibilidades de transformación que ofrece el desarrollo técnico científico arruinan cualquier propuesta de orden y estructura aceptable al pensamiento dominante, imponiéndose un modelo social líquido, sin forma, sin estructura, donde todo se mueve y todo es permeable por un movimiento continuo y muy rápido, imponiéndose un nuevo imperio, el imperio de lo efímero.

La modernidad líquida¹⁴ considera que la levedad, inconsistencia, fluidez propia del líquido es una forma de adjetivar y de aprehender la naturaleza de la fase actual de la modernidad. La segunda modernidad y la posmodernidad se oponen a lo pesado y solido de la primera modernidad sujeta a la aspiración de la neutralización del tiempo con estructuras solidas de razón para apostar por una fórmula nueva de liberar al individuo del peso del compromiso con un proyecto personalmente coherente y vinculado con las relaciones personales y sociales.

La posmodernidad, la segunda modernidad, la modernidad tardía, la modernidad reflexiva y el conjunto del pensamiento actual ha demostrado su poder de disolución de cualquier categoría o valor moral que permaneciendo vivas están muertas. Surgen las llamadas categorías zombis o instituciones zombis¹⁵.

¹³ ALIGHIERI, Dante. *La divina comedia, el infierno: Canto III*.

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ BECK, Ulrich. *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI de España editores 2000.

Una primera dimensión del desencanto posmoderno es la pérdida de fe en cualquier teoría, sistema, ideología o método. La filosofía de la sospecha se ha transformado en la sospecha de cualquier filosofía para instalarse en un modelo auto referencial donde el relativismo y la indiferencia son uno de los pocos elementos compartidos por una sociedad de individuos aislados en su propia libertad.

El resultado es que cualquier orden de valores y principios, cualquier marco de referencia, sean religiosos o seculares, teológicos o filosóficos, técnico o científico, es rechazado al margen de sus fundamentos. La esencia del pensamiento es la denuncia de cualquier dogma y de cualquier límite, incapacitando la validez de cualquier moral y orden político estable capaz de asumir la dirección integradora de la sociedad. La sociedad se vuelve líquida, sin forma, y el estado se convierte en una convención impuesta porque siempre se mueve por detrás de las demandas de los individuos.

Como consecuencia del desencanto surge la desafección permanente que se traduce en el descrédito de la política y del sentido del bien común. Es el fin de la era del compromiso mutuo, donde el espacio público retrocede y se impone un individualismo que lleva a la corrosión y la lenta desintegración del concepto de ciudadanía y por supuesto de proyecto colectivo.

La necesidad del individuo de garantizar su condición auto referencial y al mismo tiempo de vivir en una sociedad pacífica, justa y donde la libertad de todos esté protegida, se convierte en un problema difícil de resolver. Los vínculos con el próximo son más difíciles de mantener que los vínculos con el desconocido que habita en un espacio virtual, en tanto que los primeros imponen más cargas y renunciaciones que los segundos.

La libertad sin precedentes que nuestra sociedad ofrece a sus miembros ha llegado acompañada de una impotencia también sin precedentes. Aun estando más dispuestos a la crítica que nunca, la crítica no tiene dientes¹⁶. La crítica no exige un compromiso para nadie más que para el otro o los otros. Es la ética indolora de los nuevos tiempos y el ocaso del deber.

Todo aquello hecho por el hombre, el hombre lo puede deshacer. El adanismo se impone. Ser hoy moderno es no ser capaz de detenerse y menos de quedarse quieto. La insatisfacción va unida a esta nueva modernidad que no encuentra nunca la gratificación de los esfuerzos por conquistar más avances¹⁷. «El individuo es el enemigo

¹⁶ BAUMAN. *Ibidem*.

¹⁷ BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Méjico: Fondo de Cultura Económica 2015.

número uno del ciudadano. El ciudadano es una persona inclinada a procurar su propio bienestar a través del bienestar de la ciudad, mientras que el individuo tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza en la causa justa, el bien común, la sociedad justa. Para el individuo reunirse es perder libertad»¹⁸.

La modernidad líquida tiene como consecuencia inevitable el debilitamiento de los vínculos sociales y la cohesión social. Esta debilidad de la modernidad líquida es rechazada como decadente por las sociedades sólidamente asentadas en creencias o convicciones, sean de origen religioso o político. En el mundo actual, en un mismo tiempo cronológico conviven las sociedades líquidas con sociedades sólidas de fe o de razón. La tensión entre unas y otras son inevitables y seguirá reproduciéndose con más intensidad por su incompatibilidad y por la imposibilidad de establecer mecanismos sólidos de relación. El dialogo entre los modelos sólidos y los líquidos es imposible por sus diferencias esenciales en la base de su pensamiento. Esta divergencia afecta también a la cultura estratégica derivada de cada uno de los modelos. Las sociedades sólidas son más resistentes a las privaciones y sacrificios que impone el conflicto al poder vincularlos con un sentido final. Las sociedades líquidas, refractarias a la aceptación de un destino colectivo, no resiste ningún envite y confía ganar la partida saliéndose a los puntos.

El fin del futuro y el hombre unidimensional

Por otra parte, el desencanto también afecta a la idea de progreso. Los europeos y muchos otros occidentales ven el futuro como una amenaza y no como un viaje a la tierra prometida. La idea de futuro se desmorona anulando la posibilidad de movilizar el esfuerzo por construir algo mejor con el esfuerzo de todos. El futuro se percibe con más temor que deseo.

Para el ciudadano conforme¹⁹ el único tiempo social que existe es el presente. Si esto es así no es posible diseñar ni sostener ninguna estrategia porque la estrategia es el arte de la distancia y la distancia fundamentalmente referida al tiempo, que posiblemente sea el factor estratégico más decisivo. La trágica realidad se observa como un espectáculo orquestado por decisores y circunstancias sobre las que el espectador no siente que pueda actuar. En las sociedades más desarrolladas política y económicamente la

¹⁸ Ibídem.

¹⁹ ZAMBRANA, Justo. *El ciudadano conforme mística para la globalización*. Madrid: Editorial Taurus 2006.

respuesta es automáticamente complaciente y adormece cualquier planteamiento crítico que pretenda tener en cuenta la realidad profunda de los desafíos.

Mientras tanto, otros con menos recursos deciden actuar al margen de cualquier evaluación de riesgos y renunciando a mirar el reloj por considerarse dueños del tiempo. El regreso al pasado es una alternativa consistente porque el pasado, en la voluntad del que resiste, siempre está presente invitando a transformar el futuro. El revisionismo de sociedades periféricas redescubre en su memoria la posibilidad de reconfigurar lo que está por venir. La paciencia estratégica es una virtud asociada a una promesa que anuncia un futuro mejor. La impaciencia estratégica es consecuencia de la exigencia de éxitos inmediatos para disfrutar del aquí y del ahora.

La fascinación tecnológica puede poner en peligro la percepción del peligro que amenaza a las sociedades que han decidido romper con la fuerza de la continuidad del tiempo y la acción paciente de la estrategia. Esta fascinación crecerá durante estos años y sostendrá la confusión del pensamiento que invitará a seguir instalado en el presente que se mueve sin dirección.

El hombre unidimensional surge de una apuesta por el dinero como nexo fundamental y eje vertebrador de la sociedad, que libera a la conciencia de todo tipo de vínculos de reciprocidad humana y mutua responsabilidad. La persona y la sociedad quedan desnudas y desprotegidas de toda lógica que no sea fundamentalmente económica y práctica. Aparece la racionalidad instrumental, o razón subjetiva para Horkheimer, que solo se ocupa de ordenar los medios para alcanzar los fines sin ocuparse de sus consecuencias, buscando resolver problemas técnicos al margen de sus efectos éticos. Este tipo de razón se ajusta al objeto de la ciencia económica, que pretende la distribución de recursos escasos para la obtención de un óptimo de bienestar. El consumo de masas termina construyendo «hombres unidimensionales» según Hebert Marcusen, asimilados, seducidos y poseídos por una continua e inacabable oferta de productos que no necesita.

El resultado es la pérdida de conciencia crítica a un control del sistema que crea un individualismo desconectado de cualquier relación que no sea de consumo, de usar y tirar, de tirar y olvidar, animado por un irrefrenable apetito de novedades que acentúan la voluntad de desvincularse de cualquier compromiso. La propia cultura se convierte en un producto más de mercado y la conciencia personal se cosifica dominada por la técnica y la moda.

El hombre unidimensional²⁰ es el que vive de espaldas al pasado y al futuro en un disfrute del presente que le impide establecer compromisos. Es producto de una sociedad líquida donde el único factor compacto de interrelación social y política es económico. Frente a las sociedades de memoria y de proyecto surgen las sociedades de consumo.

El individualismo del hombre unidimensional refleja su autosuficiencia y prepotencia forjada por su instalación en la opulencia de una sociedad que no se cansa de ofrecer nuevos productos y crear nuevas necesidades superfluas a las que permite acceder, para satisfacer temporalmente sus anhelos sin preocuparse por ofrecer un horizonte de plenitud. El individualismo orientado por la publicidad, que bombardea continuamente su anhelo de nuevos deseos inmediatos de novedad e identidad, termina encadenándose en un fluir sin rumbo pero bajo control de un modelo de producción y consumo insostenibles.

El individualismo como autoafirmación que excluye el compromiso no ha eliminado la crítica sino que ha convertido a la crítica en un elemento del sistema porque detrás de ella solo hay desafección pero nunca un proyecto. La crítica es superficial sin entrar en el fondo del problema, realmente se produce una sustitución de crítica por la protesta, renunciando a relacionarla con la reflexión informada, el análisis de las diferentes opciones, la elección de una línea de acción y su planeamiento y conducción orientada a un bien común. La crítica del hombre unidimensional no tiene dientes.

Las crecientes desigualdades no preocupan al hombre unidimensional pero movilizan el vigor de los que están fuera del centro, que en ocasiones buscan acceder a ese espacio de confort y en ocasiones se aferran a sus propios modelos para resistir la penetración potencialmente deshumanizadora del consumo de masas que amenaza con destruir su cultura e identidad. La conciencia crítica surge en el viejo y austero hombre multidimensional que se siente capaz de asentarse en la continuidad del tiempo, vinculando el pasado y el futuro con el presente, dándole un sentido que va más allá del ahora mismo.

La ruptura con el pasado y el futuro del hombre unidimensional le impide mirar más allá del hoy. Llegar a fin de mes o al fin de semana es el objetivo que ocupa toda su actividad, su ambición y creatividad, atrapándole en una rutina cotidiana que le impide pensar que las cosas podrían ser de otra forma o deberían ser de otra forma. Su bienestar, su forma

²⁰ Marcusen.

de vida, sus intereses individuales de hoy son sus valores. Identificar intereses y valores es perder toda perspectiva histórica, renunciando a uno de los primeros, sino el primero, de los principios de moralidad política que es el reconocimiento de nuestras propias limitaciones. Los intereses siempre estarán en tensión con los valores, su justa administración es conflictiva y exige un inteligente dominio estratégico de los tiempos. En la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia. En muchos países, la globalización ha significado un acelerado deterioro de las raíces culturales con la invasión de tendencias pertenecientes a otras culturas, económicamente desarrolladas pero éticamente debilitadas. Otros espacios se han resistido dentro y fuera del centro. El conflicto entre el hombre unidimensional y el hombre multidimensional se mantendrá porque el nivel de desencanto de lo humano que exige el hombre unidimensional es fruto de una sociedad opulenta de consumo insostenible para el conjunto de la humanidad y posiblemente también para el propio espacio en el que hoy se enseñorea.

El ocaso del deber

El pensamiento dominante en Europa y gran parte de Occidente sospecha del deber y lo rechaza como categoría ética. El deber, sea una imposición interna o externa, ahora se entiende como una manifestación de un imperativo ilimitado que impone la renuncia del sí, sacrificando a la persona en el altar de la familia, la patria, la historia, la creencia, la memoria o el futuro, o cualquier otro principio incondicional irreversible e irrefutable. La nueva ética rechaza el deber como elemento ético, incluso lo presenta como un componente antiético que restringe la auto realización.

El rechazo al deber nace en una sociedad pos moralista, que repudia la retórica del deber austero, del sacrificio, de la obediencia, de la abnegación, de la renuncia, del servicio, del trabajo duro y constante, del compromiso y de la palabra, incluso de la lógica asociada a cualquier orden de valores estables. El pos moralismo, que se presenta como un caos organizado, entroniza los derechos individuales y la autonomía, el deseo y la felicidad personal. El deber es un prejuicio y un preestablecido que impiden el desarrollo de una racionalidad reflexiva y adaptativa. El carácter indiscutible del deber y su permanente vigencia imponen una estructura de pensamiento rígida que no permite la fluidez personal y social para adaptarse y aprender a un contexto en continuo movimiento

sin referencias estables. El deber no es negociable ni ofrece opciones consensuadas que no supongan la aceptación de un mal menor gestionado.

La sociedad líquida exige la superación del deber como categoría ética porque impone una resistencia al cambio, supone propuestas maximalistas y no otorga crédito a las normas indoloras de un modelo que se distancia de cualquier sacrificio mayor y de cualquier arranque y renuncia de sí mismo. El individuo humano es el nuevo valor absoluto de los tiempos modernos, desligado de toda deuda social, política, cultural, histórica, económica, familiar. Un elemento añadido y perturbador es la consideración universal de la nueva ética indolora, su carácter misionero inevitablemente está asociado al conflicto con todos los modelos sólidos de pensamiento y de sociedad. El profundo antagonismo del pos moralismo con cualquier credo religioso, político, comunitario, o construido alrededor de imperativos de razón y valor categóricos generará tensiones pero lo más peligroso es la imposibilidad de establecer canales de encuentro donde sea posible un diálogo que permita comprender y aceptar a la otra parte. Cualquier intento de restablecer un orden de deberes será reprobado por una sociedad mayoritariamente pos moralista, provocando una indignación colectiva de rechazo de un enfoque revisionista asociado a un oscuro pasado inhumano. Un oscuro pasado donde la búsqueda de la libertad era muy cara, como bien sabe quien la vida da por ella.

El pos moralismo y la ética indolora asociada al ocaso del deber provocan antagonismos dentro de las propias sociedades occidentales, especialmente en Estados Unidos, donde todavía la cultura política acepta que la libertad no es gratis. *Freedon is not free*. Fuera del ámbito de nuestra civilización es una provocación invasiva por su carácter universal y disolvente de toda raíz cultural propia que diluye la posibilidad de identidad colectiva o civilizadora distinta de la impuesta por un occidente que se considera decadente y descreído.

El imperio de lo efímero

La evanescencia de la propuesta del pensamiento dominante que se manifiesta en la sociedad líquida se potencia con un sistema de producción orientado al consumo de masas. La obsolescencia programada y la moda establecen una fecha de caducidad a los productos, también a los generados por la industria cultural. La moda se halla al mando de nuestras sociedades. La seducción y lo efímero se han convertido en los principios organizativos de la vida colectiva. Las nuevas tecnologías, su rápido desarrollo

y su potencial de generar espacios virtuales consolidan esta tendencia. Todo es breve, las empresas y sus organizaciones, las culturas corporativas, los modelos de negocio, las estrategias políticas, militares, empresariales, los conceptos, la estética y la ética, los modelos de liderazgo, el perfil de los líderes, los contratos de trabajo, la estructura social, todo fluye muy rápido. La publicidad y los medios de comunicación promueven una sociedad del espectáculo y una cultura del último minuto deslumbrada por la novedad.

El resultado es la frivolidad social, la descomposición de la autoridad y la infantilización de la cultura, produciendo un continuo desarraigo que favorece el devenir de un hombre unidimensional. Todo tiende a exaltar la imagen por encima de la realidad que esa imagen pretende representar, creando un peligro cierto de que perdamos por completo nuestra capacidad para distinguir lo real de lo que no lo es. El modelo favorece la manipulación siempre que sea sostenida por una continua acción publicitaria con capacidad persuasiva para modelar las aspiraciones, percepciones, los juicios y los posicionamientos.

En la esfera política la publicidad tiene mucho menos de propaganda repetitiva y más de campaña de venta de un producto que no pretende modificar las ideas de los votantes sino seducir con el encantamiento del espectáculo, que incorpora una imagen de competencia, simpatía, proximidad, intimidad, atracción emocional, euforia y sentimentalismo que construye paraísos artificiales de apariencia simpática adaptado al entorno mediático. La política espectáculo enmascara los problemas de fondo, sustituye los programas, que nadie lee, por el encanto de la personalidad del nuevo líder, entorpeciendo la capacidad de reflexión en provecho de las reacciones emocionales y de los sentimientos primarios. Los discursos políticos tienden a soslayar los aspectos más controvertidos de los programas y a buscar plataformas indoloras y satisfactorias para casi todos. Los discursos son cada vez más homogéneos, uniformes y neutrales desvitalizando el compromiso ciudadano y el ejercicio de la política. Incluso las corrientes más críticas adoptan estos modelos.

El auge de la cultura digital permite una relación más directa e inmediata, donde el impacto emocional de la imagen es más fuerte que las reflexiones más profundas. La literalidad del lenguaje pierde peso frente al lenguaje figurativo. Las relaciones son más personales y el poder del protagonista del mensaje es tan relevante como el mensaje mismo. Realmente protagonista y mensaje son parte de lo mismo, ambos construyen

una relación cada vez más interactiva. Frente al saber tradicional, encerrado en los libros, el testimonio y el testigo ganan terreno e influencia.

Cada día más, la comunicación se ve afectada por la interferencia de las máquinas, teléfonos móviles, ordenadores, televisión, radio, etc. Esta circunstancia hace necesario una adaptación del mensaje al medio. Los nuevos lenguajes de los medios digitales son más favorables a lo emocional y a lo intuitivo que a la reflexión analítica, lo que significa un mayor peso de lo simbólico y una disminución de la importancia de lo racional.

Estamos viviendo un cambio en el ambiente cultural provocado por las nuevas tecnologías, que impone una readaptación a los nuevos soportes. Si los nuevos lenguajes tienen un impacto sobre el modo de pensar y de vivir, afectan, de alguna forma, a la expresión política de los relatos de legitimidad por los que se compite. La nueva cultura digital puede afectar al contenido de los discursos pero no a la relevancia de sus efectos.

La fragmentación de la autoridad

En el año 2014, cuando la Federación Rusa invadió Crimea, *The Washington Post* publicó los resultados de una encuesta que preguntaba si Estados Unidos deberían o no atacar a Rusia. Solamente uno de cada seis entrevistados sabía identificar en el mapa donde estaba Ucrania. La media de error en el posicionamiento de Ucrania rondaba los 3.000 kilómetros. Sin embargo, la absoluta falta de conocimiento del problema no impidió a los entrevistados contestar. Curiosamente en las respuestas existía una alta correlación entre los que no sabían situar Ucrania en el mapa y los que estaban a favor del ataque militar. Muchos norteamericanos en este tipo de encuestas han demostrado que cuanto menos se conoce un problema, más claras y contundentes son sus posiciones.

Public Policy Polling el año 2016 preguntó a un gran número de norteamericanos si apoyaban el bombardeo de Agraba, país imaginario de la película «Aladin». La mitad de los entrevistados contestaron a la pregunta en un sentido u otro. Es decir la mitad tomó posición sobre lo que se debería hacer respecto a un país de dibujos animados.

Estos dos ejemplos pueden ilustrar lo peligroso que puede ser en una democracia gobernar concediendo un excesivo peso político a las encuestas de opinión. Los resultados del referéndum del *brexít* en el Reino Unido son una prueba dolorosa para Europa.

En la sociedad occidental actual existe un creciente escepticismo y desconfianza a la opinión de los expertos. No solo a los expertos en cuestiones políticas o económicas, también profesiones como los médicos, abogados, profesores y otros profesionales generan desconfianza cuando su criterio no se ajusta a la idea preestablecida de sus pacientes, clientes o alumnos. Los ciudadanos no conocen ni están interesados en conocer la complejidad que hay detrás de los múltiples problemas que se presentan en la vida cotidiana. Realmente la división del trabajo y la especialización es la base de los grandes avances de nuestras sociedades desde que se inició la revolución industrial. No es preciso saber de todo, pero todo el mundo sabiendo o sin saber de un tema tiene una opinión que muchas veces se apoya en una rápida consulta en internet.

El problema de estas opiniones es que muchas veces se colocan al mismo nivel que la de los expertos por los propios ciudadanos. La razón está relacionada con sus deseos y con la pérdida de confianza. Interesa la opinión del experto solamente si dice lo que me conviene oír porque desconfío de su autoridad. La creciente desconfianza en la opinión de los expertos es una manifestación aguda de la ruptura que anunciaba Ortega y Gasset entre el hombre masa y el hombre con criterio o de élite en su libro *La rebelión de las masas*. «El hombre masa carece de un “dentro”, de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa. Tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones: es el hombre sin la nobleza que obliga».

Ortega se adelantó, con acierto, a definir al hombre unidimensional. «Si la impresión tradicional decía: vivir es sentirse limitado y, por lo mismo, tener que contar con lo que nos limita, la voz novísima grita: vivir es no encontrar limitación alguna, por lo tanto, abandonarse tranquilamente a sí mismo. Prácticamente nada es imposible, nada es peligroso y, en principio, nadie es superior a nadie».

La ruptura de la confianza y la relación entre el hombre de la calle y el experto supone la pérdida del valor acumulado por la práctica de la especialización y la búsqueda del conocimiento. Esta situación pone en riesgo al sistema político y social además de amenazar el valor del saber porque rompe, en una nueva dirección, el peso de la autoridad y del conocimiento.

A pesar de los avances tecnológicos, quizás precisamente por ellos, de los avances educativos y el incremento de nuevas oportunidades, los ciudadanos de hoy se sienten cada vez más incapacitados para evaluar las decisiones políticas de los gobiernos con

su acelerada creciente complejidad. El resultado es una política donde el ciudadano no puede ejercer con eficacia y responsabilidad su función, produciéndose una banalización de los debates políticos que giran menos alrededor de los contenidos y más entorno a la imagen que proyecta el candidato. La tendencia demagógica y populista de desprecio de la opinión del experto termina separando a la gente común de los que tienen el conocimiento, favoreciendo el elitismo que cierra filas en su pequeño círculo, desenganchándose del resto de la sociedad.

Mientras tanto la política del espectáculo, las campañas de imagen y los políticos de la seducción generan unas expectativas crecientes entre los ciudadanos, que poco tiene que ver con una evaluación completa de la realidad. La carga de frustración que generan el incumplimiento de las expectativas alimenta la tendencia de desenganche del hombre de la calle de la autoridad del argumento y de los expertos. Las personas más preparadas de la sociedad pierden de vista su obligación de poner al servicio del bien común sus capacidades, el conocimiento se privatiza y olvida su función social realimentando el proceso. Cuando un inspector de hacienda deja su trabajo y su servicio al estado para aceptar el contrato de una compañía privada se está rompiendo una relación de confianza. El mercado, al contratar los servicios de los mejores expertos con dinero de por medio, puede privatizar el saber, debilitando la función cívica de servir al bien común asociada al mejor preparado. La dinámica se realimenta. La retirada de la confianza del hombre común desincentiva a los más aptos a servir con su preparación al conjunto de la sociedad y viceversa.

Conclusiones

El pensamiento y las ideas dominantes en Europa, en gran parte del mundo occidental y de las sociedades de consumo establecen una tendencia de continua expansión de la exaltación del individualismo auto-referencial, que desdibuja los vínculos sociales. La sublimación de esta tendencia convertirá al cuerpo social y político en un agregado de individuos que coexisten en un caos organizado. El hombre líquido moderno tiende al nomadismo, que rehúye todo tipo de compromiso irreversible e irrefutable asociado a un proyecto de vida personal, social, familiar y política, mientras fluye a través de su propia vida como un espectador sin otro compromiso que elegir, sobre la marcha, las experiencias que decide disfrutar.

La «modernidad líquida» tenderá a establecer un modelo social que supera la era del compromiso mutuo, donde el espacio público retrocederá y se impondrá un egocentrismo que llevará a la corrosión y la lenta desintegración del concepto de ciudadanía. La nación como plebiscito diario retrocederá y se impondrá el mercado como verdadero espacio de elección y de identidad efímera que rechaza cualquier compromiso destinado a perdurar. El antiguo súbdito y el nuevo ciudadano serán completamente sustituidos por el consumidor de la modernidad tardía. El dinero será el único vínculo social fuerte que perdure y determinará la forma de entrar o no en la sociedad global, al definir la capacidad de compra del individuo.

Las referencias del saber o del conocimiento seguirán disolviéndose en un orden superficial de sobreabundante información, donde cada cual podrá elegir sus propias respuestas para poder cambiarlas mañana. Los medios de comunicación, las redes sociales, la moda y la publicidad serán los motores del cambio reduciendo de forma creciente la capacidad de influir de las autoridades tradicionales y de las del conocimiento. Los medios de comunicación y las redes se consolidarán como los mecanismos transmisores de las percepciones y juicios, de tal manera que lo que no aparezca en estos soportes no tendrá interés por no ser visible.

El carisma y el carácter de una persona serán entendidos como peligrosas amenazas propias de antiguas formas de dominación y desacreditarán a cualquiera que aspire a fundar su liderazgo en estos elementos. El nuevo modelo de liderazgo se instalará en la capacidad de seducir, aunque solo sea por un momento, renunciando a la capacidad de convencer. Los argumentos políticos y de razón serán sustituidos por la imagen y la emoción que suscita. Emergerán pequeños nuevos ídolos con fecha de caducidad pero con la capacidad de promover un sentimentalismo efervescente que puede ser tóxico para el desarrollo de cualquier análisis crítico de la situación. La imagen se convertirá en el único discurso.

La identidad y la naturaleza de ser humano dejarán de considerarse como una realidad recibida, como un regalo de la naturaleza y de la civilización, para ser interpretadas como un proyecto personal asociado a la propia voluntad de elección y a las capacidades de la tecnología para determinar su evolución. La ideología de género y las capacidades de cambio de la tecnología, singularmente la biotecnología, abrirán las puertas de las ideas del transhumanismo.

El resultado del desencantamiento del pensamiento, consecuencia del rechazo a todo tipo de sacralización o mitificación, terminará traducéndose en una anomía general. Una de las consecuencias del nuevo estado de desorganización social, aislamiento del individuo y la incongruencia de las normas sociales será el desarrollo de una fuerte cultura del descarte, donde el excluido no es marginal sino ajeno a la sociedad en la que vive. Los excluidos no serán explotados sino simplemente desechados como sobrantes. El riesgo de quiebra del entramado social se habrá disparado porque a pesar de contar con más medios materiales estos serán insuficientes para alcanzar un ordenado equilibrio entre la plenitud personal y social.

Fuera y en menor medida, dentro del mundo instalado en las sociedades de consumo, surgirán resistencias asociadas a propuestas alternativas a las tendencias de disolución del orden social, de la identidad colectiva y del compromiso solidario, impuestas por el materialismo capitalista gobernado por nuevas formas de poder anónimas. Surgirán nuevas y viejas pero actualizadas comunidades de memoria y de proyecto, que se opondrán a una globalización de los flujos culturales dominantes. Esta situación podrá precipitar sistemas políticos alternativos, con bases ideológicas refractarias a la influencia de Occidente, que sin embargo no renunciarán a los beneficios de los avances tecnológicos. Estos nuevos modelos se protegerán de la penetración ideológica con un nuevo renacer identitario, que podrá tener su base en la religión o en el nacionalismo o simplemente en el resentimiento. El miedo y la desesperación se apoderarán del corazón de numerosas personas sobre las que podrán influir las corrientes populistas.

Al mismo tiempo surgirá una comunidad aristocrática de carácter cosmopolita con creciente poder de influencia, que tomará conciencia de su identidad por los crecientes peligros de los riesgos globales, los desarrollos tecnológicos, las crecientes desigualdades, las exclusiones y la pérdida de conciencia crítica impuesta por un pensamiento plano dominado por los medios de comunicación de masas. Su peso político será pequeño pero la fuerza de sus propuestas afectará transversalmente a los discursos y agendas políticas de los países más desarrollados.

También emergerán otras propuestas minoritarias como contrapunto a una globalización de la indiferencia, que acepta la injusticia de la desigualdad, mientras una parte del mundo permanece instalada en una subcultura del bienestar, que anestesia las conciencias y las desliga de los dramas humanos de los menos favorecidos y de los peligros que acecha al conjunto de la humanidad. La reformulación de propuestas éticas

universales como respuesta a la corrupción política, institucional, empresarial y a la codicia favorecerá el dialogo y el encuentro ecuménico, interreligioso y humanista en torno a los diagnósticos y a la necesidad de formular nuevas opciones políticas inclusivas.

Como todas las grandes civilizaciones, Occidente y la emergente China pueden derrumbarse no por la acción de un enemigo exterior, sino roídos por sus males internos. La crisis es el resultado de una evolución compleja. El envejecimiento de la población es uno de los síntomas más claros del desencanto y con más implicaciones a medio y largo plazo.

*Andrés González Martín
Teniente coronel de Artillería (DEM)
Analista del IEEE*